

# La aportación de Caro Baroja a la historia de los judaizantes

## I. Razones de un interés

**V**i por primera vez a Julio Caro Baroja hacia 1950, pero no creo haber cruzado con él más palabras que un cortés «Buenos días» o «Buenas tardes» cuando coincidíamos en el ascensor del antiguo Palacio del Hielo, sito en la madrileña calle del Duque de Medinaceli 4 (ahora 6) y que había sido convertido en sede de las Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado en 1940. Yo era becario reciente del Instituto Arias Montano de Estudios Hebraicos y de Oriente Próximo, y Caro Baroja formaba parte del Instituto de Estudios de Etnología y Folklore que estaba también en el mismo edificio. No había, por tanto, entre nosotros una relación inmediata de campos de estudio (aunque la curiosidad intelectual no permitiera un total desinterés) más allá de la vecindad de las bibliotecas y despachos.

Sin embargo, pasados unos años, Caro Baroja se convirtió en una autoridad como estudioso de los judaizantes y su mundo, cuyas investigaciones y opiniones son citadas con frecuencia. ¿A qué se debió ese giro en sus estudios? Él mismo nos ha relatado el proceso anímico que le llevó de la Prehistoria y la Arqueología al Criptojudaísmo:

Personalmente, si llegué a abordar el tema morisco, el tema judío después, fue porque se me ponían a la vista como etnógrafo, como antropólogo y como espectador de lo que había ocurrido en Europa de 1930 a 1950... La gran lección es que la Historia no nos enseña gran cosa hasta que no pasamos una coyuntura parecida a otra que se dio en el pasado: de suerte que resulta ser una especie de terrible «ciencia

experimental». Terrible porque nosotros no dirigimos el experimento, sino que éste se da por sí mismo, ciego, furioso, previsible a veces, pero no dominable. («Prólogo» al libro de Henry Méchoulan *El Honor de Dios. Indios, judíos y moriscos en el Siglo de Oro*, Barcelona, Argos Vergara, 1981, p. 13.)

Caro Baroja se sitúa aparte de la polémica surgida tras la guerra civil española y que enfrentó a exiliados y extranjeros con los historiadores oficiales españoles. Éstos mantenían una interpretación enaltecida de la historia de España desde los Reyes Católicos; aquéllos propugnaban una actitud crítica y revisionista, comparando las actividades de la Inquisición con las recientes persecuciones a grupos étnicos durante la Segunda Guerra Mundial. Caro Baroja se situó en la diferente actitud revisionista independiente que se estaba produciendo dentro de España, menos polémica y más documental. Este afán por el documento se justifica porque puede ser considerado en sí superior a las deducciones polémicas y subjetivas que se puedan sacar de los textos literarios de la época:

...desde 1955, vengo ocupándome de la historia de los hebreos peninsulares, en fases poco conocidas... Acaso mi punto de vista como historiador se aparte demasiado de los puntos de vista clásicos, entre los que han tratado del mismo período y de cuestiones próximas... necesita ser explicado. He sido hombre que ha andado a tientas en su vocación: historiador de la Antigüedad, con ribetes de arqueólogo primero, etnógrafo después, al fin dudé entre la Antropología Social y la Historia Social... esta última disciplina es la que pienso seguir cultivando... en los últimos tiempos he procurado ser uno de tales historiadores descriptivos... el influjo que han ejercido sobre mí las obras de los antropólogos llamados funcionalistas... El *funcionalista* o el *estructuralista* llega, por fuerza, a una especie de relativismo que casa mal con los grandes juicios éticos e históricos, y con los juicios de valor más esgrimidos o sustentados por los polemistas... autores de tendencia apologética y patriótica... no dan cabida a elementos que desmienten la unidad de conciencia, la piedad cristiana y otras virtudes que aquéllos atribuyen siempre en estado de homogeneidad y exclusividad... historiadores que simpatizan con el Judaísmo y el Protestantismo... dan a entender que estas dos fes fueron extirpadas en absoluto de España, por medio de una coerción brutal del Santo Oficio... viejas polémicas que personalmente me interesan menos que a otros autores... Estudiando la historia de los judíos de la península, lo que más me ha llamado la atención es la posibilidad de realizar una investigación minuciosísima sobre un tipo de sociedad que ha vivido y ha sobrevivido aún durante más de un siglo en una situación de *secreto*: una sociedad que podemos calificar de críptica por excelencia. (*La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV*. Discurso leído el día 12 de mayo de 1963, en la recepción pública de Don Julio Caro Baroja. Madrid, RAH, 1963, pp. 11, 13, 15.)

## II. Campos roturados

Los historiadores españoles de los judíos tradicionalmente nos hemos ocupado más de lo medieval y antiguo, donde hay textos en hebreo, que del Siglo de Oro, dejado para los historiadores generales, a los que, por otra parte,

parece haberles interesado más el tema de la Inquisición por su papel en la polémica bien patriótica, bien antiespañola.

Marcel Bataillon, Américo Castro y su escuela, y Revah han contribuido a aumentar el conocimiento del origen judeoconverso de algunos de los escritores españoles del Siglo de Oro. Caro Baroja, estimulado a veces por los estudios de los anteriores y de Domínguez Ortiz, no se ha fijado tanto en si tal o cual escritor pudiera tener un «tic» converso, marrano o judaizante, sino en la caracterización del tipo de sociedad en que vivieron aquellos que necesitaban ser por fuera una cosa y por dentro querían ser otra. Ha llamado la atención sobre el hecho de que junto a un «sistema férreo y coercitivo de creencias», había individuos que vivían, arrostrando peligros, «con una gran libertad individual y en un desorden de costumbres absoluto», sin que las autoridades pudieran evitarlo hasta que por alguna causa eran procesados y castigados conforme a las leyes «que por un lado eran severísimas, pero por otro resultaban muy laxas». Esta ambivalencia la ve reflejada Caro Baroja en el hecho de que la plebe era capaz de insultar soezmente a reyes y validos y al mismo tiempo se mostraba intransigente con los herejes y extranjeros, ambos conceptos aplicables a los judíos. Caro se pregunta:

¿Cómo se puede vivir bajo la coacción generaciones y generaciones, sin que ésta llegue a destruir la personalidad humana? ¿Cómo se puede vivir en el secreto durante toda una vida? O mejor ¿cómo se pueden llevar dos existencias, una hacia afuera y otra hacia adentro, una pública con unos caracteres, otra privada con otros opuestos?

He aquí los problemas fundamentales que para un historiador social plantea la sociedad criptojudía. (*La sociedad criptojudía*, pp. 14, 15.)

Caro Baroja explica que en una situación «críptica» producida no por libre elección sino por pertenencia a un grupo étnico, la confianza del secreto tenía que alcanzar también a las partes más débiles: niños, ancianos, mujeres. Pero las envidias y las malquerencias pueden también causar denuncias traicioneras. Con todo, además del fortísimo sentimiento religioso judío, mantiene Caro, coadyuvaba a soportar el peligro «el placer que ha producido a cantidad de hombres y mujeres del pasado la idea de que estaban en posesión de un *saber místico* que era a la par secreto que les ponía en un estado de iniciación y de peligro» (*La sociedad criptojudía*, p. 21).

Pero además de los criptojudíos había también los cristianos nuevos, católicos sinceros, con recaídas y arrepentimientos en su progresiva incorporación a la vida en torno. Caro Baroja distingue entre ellos diversos tipos o generaciones: en la segunda mitad del siglo XV están los «penitenciados»; en 1492 los «bautizados»; a finales del XV y principios del XVI, los «inhábiles» o «infamados» que procuran rehabilitarse y los «reconciliados», que habían sido bautizados de niños; en la primera mitad del siglo XVI están

ya «incorporados» a la religión cristiana de forma casi absoluta; a finales del siglo XVI y en el XVII pugnan por alcanzar honores y se mezclan con los cristianos viejos, a veces bajo la fórmula matrimonial de «el novio pone el apellido y la novia judía el dinero».

Como es sabido, el judaísmo rabínico se opone a su definición en un número limitado de dogmas o principios racionalmente formulados, y se acoge al cumplimiento práctico de los 613 mandamientos rabínicos, unos que obligan a la acción y otros a la omisión. Caro Baroja estudiando a los conversos y sus descendientes deduce que del antiguo judaísmo les quedaba una cierta actitud casuística lejanamente talmúdica en determinadas situaciones, frecuentemente mercantiles, que se atemperaba con un sincero sentimiento católico: se llevaba la cuenta de las buenas acciones y de los beneficios recibidos de Dios. Este hábito mental matemático influyó en la sociedad circundante y se acompañaba con una tendencia a la solución moral probable, aunque no fuera la más probable, que había que tomar en las situaciones insólitas; la consulta moral al sacerdote era, en cierta medida, paralela a la consulta jurídico-religiosa que se hace al rabino.

Aquellos conversos o descendientes de conversos que no buscaban honores y que por tanto no tenían necesidad de pruebas de limpieza de sangre vivían tranquilamente y como buenos católicos y de entre ellos salieron santos y beatos, humanistas y poetas. Con elementos entresacados de las familias de, entre otros, Gonzalo de la Palma, mercader, del medinés Rodrigo de Dueñas, o de Antonio de Acosta, Caro Baroja establece el esquema de una progresiva incorporación a la vida eclesiástica:

El abuelo judío tornadizo, el hijo tintorero, el nieto banquero potentísimo... las biznietas monjas y los biznietos jesuitas. He aquí un esquema para comprender algo con respecto a un sector de la sociedad castellana en lo que va del siglo XV a comienzos del XVI: un esquema más complejo que las soflamas al uso. [*Las formas complejas de la vida religiosa (Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)*, Madrid, Sarpe, 1985, p. 395.]

Los estatutos de limpieza de linaje a medida que se van estableciendo van dando lugar a una idea que al antropólogo Caro Baroja no deja de interesarle: la idea de la buena o mala sangre, la sangre pura o impura. Las ocultaciones familiares en algunos casos llevaron a que en el siglo XVII hubiera descendientes de conversos que no sabían su origen y se llevaron una sorpresa cuando se enteraron. Caro Baroja, como en todas sus afirmaciones, aporta los ejemplos documentales correspondientes. Los sobornos para borrar la «mancha» en el linaje va pareja con una cierta indiferencia que permite numerosos matrimonios mixtos. Es explicable la irritación de Caro Baroja ante ciertos historiadores actuales que se han ocupado del asunto de los estatutos de pureza de sangre: